

INTRODUCCIÓN

Poderosos y privilegiados fueron los pretendientes que obtuvieron el hábito de Santiago en Jaén durante la Edad Moderna. Poderosos porque sus redes familiares y fortunas les permitieron recibir el *placet* del Rey para la inicial concesión del hábito, un fenómeno todavía no muy bien conocido para el caso giennense y, posteriormente, previo pago de una fianza para iniciar el proceso, embarcarse en las siempre inquietantes aguas de los interrogatorios, el informe final, aprobación, reprobación, pruebas adicionales y un sinfín de vericuetos administrativos para obtener el beneplácito del Consejo de las Órdenes y el *fiat* del Monarca. Y privilegiados porque antes y después del proceso era el privilegio uno de los elementos más estimados y representativos de los pretendientes. La historiografía se ha encargado de señalar repetitivamente que el privilegio representaba uno de los motores de estas elites y de la relación entre las diversas capas sociales, es decir, un signo evidente de distinción social característico del Antiguo Régimen.

Como en todo proceso creativo la génesis de este libro arranca de tiempo atrás. Nuestro interés por despertar en la Universidad de Jaén una historia local de hondo calado, con temas más allá de localismos caracterizados por la falta de imaginación y, sobre todo, de metodologías modernas, nos hizo pensar en un proyecto de investigación de larga duración, interdisciplinar, en el sentido de fijarnos no sólo en la historia social sino política, cultural, de mentalidades, etc., y que presentamos al Instituto de Estudios Giennenses bajo el título «Los caballeros de órdenes militares del Reino de Jaén en la Edad Moderna (siglos XVI-XVIII). Los hábitos de la Orden Militar de Santiago en Jaén». Los integrantes del

mismo fuimos Francisco Juan Martínez Rojas, José Fernández García, María Amparo López Arandia y José Miguel Delgado Barrado. Durante tres años realizamos las tareas de desbrozar el monte documental, fotocopiando los expedientes que ahora presentamos, consensuando una ficha modelo para la obtención de la información, dando respuesta a numerosos interrogantes metodológicos y conceptuales y componiendo lo que ahora se presenta como libro y que ofrecemos a los lectores.

Es lógico, por lo tanto, que un producto así no sea de fácil presentación en cuanto a objetivos, metodología y oportunidad. En las siguientes líneas intentaremos aproximarnos a sus objetivos, estructura, condicionantes y algunas observaciones para futuras investigaciones, que seguramente enriquecerán el panorama que aquí ofrecemos, y que sólo constituye la punta de un iceberg mucho más complejo e intrincado.

El objetivo del presente libro era repasar pormenorizadamente los periplos de estos pretendientes y sus expedientes, un total de cincuenta y cinco casos sólo en la ciudad de Jaén para nuestra etapa de estudio, hasta obtener el reconocimiento y prestigio de un hábito de caballero de la orden militar de Santiago. Y hemos utilizado bien el pasado como tiempo verbal, ya que según avanzábamos en el análisis nuestros objetivos se fueron ampliando, con la única intención de dar respuestas a los numerosos interrogantes que se nos planteaban a cada paso de nuestra investigación. Constatamos que los expedientes representaban mucho más que una extensa documentación administrativa y que debíamos aprovechar, con las precauciones críticas propias de cualquier documento, hasta sus últimos detalles.

La cronología de los acontecimientos es de larga duración. Nos hemos movido en la artificial Edad Moderna, que por las limitaciones documentales de este estudio abarca principalmente los siglos XVI a XVIII, y más concretamente desde 1532, con el expediente de Luis Hurtado de Mieres, hasta 1775, con el de Ignacio Rodríguez del Campal. Conforman, por lo tanto, doscientos cuarenta y tres años de la historia de estos protagonistas y sus espacios personales, familiares y de relación con el resto de la sociedad, dentro del marco geográfico de la capital del reino de Jaén. Marco geográfico que muchas veces hemos sobrepasado a la hora del interrogatorio de testigos y nos hemos desplazado, por ejemplo, a diversos territorios de la Corona de Aragón, incluyendo capitales tan importantes como Zaragoza, Valencia y Barcelona, e incluso hemos ido más allá de nuestras fronteras, en los casos de Perpiñán y Rosellón (aunque los testigos interrogados testificasen en Barcelona por los impedimentos de las autoridades galas a realizar las pesquisas

en su territorio). Así, por estas páginas, haremos una radiografía de la sociedad giennense del período, siempre desde la óptica de la generosa documentación de los expedientes de concesión de hábito.

Nuestro trabajo se encuentra dividido en tres grandes bloques metodológicos y analíticos, todos ellos complementarios, pero con una estructura cerrada que permite al lector una información detallada e independiente, y con la posibilidad de leer por donde se considere oportuno sin perder el hilo argumental. El primer bloque está compuesto, a su vez, por tres capítulos a modo de una larga introducción al estudio de los procesos. Es la parte más interpretativa del estudio.

El estado de la cuestión historiográfica resultaba importante plantearla porque representaba la justificación ideal para nuestro trabajo de investigación. En este caso para llamar la atención sobre el vacío historiográfico de los estudios sobre caballeros de órdenes militares del Reino de Jaén durante la Edad Moderna. Vacío, en sentido laxo del término, ya que recogemos las principales aportaciones tanto de la temática centrada en encomiendas, castillos, fortalezas, como de aquellas dedicadas a genealogías, pruebas específicas de caballeros, etc. Sin embargo, no es exagerado hablar de un verdadero erial historiográfico en relación a lo que nosotros queríamos realizar con los expedientes y sus protagonistas. La oportunidad de nuestro trabajo se encontraba así justificada.

Esta realidad contrasta con los fondos documentales que poseemos a nuestro alcance, una verdadera montaña de expedientes, tanto de Santiago como de Calatrava y Alcántara, y no sólo para la ciudad de Jaén, sino para casi todas las villas y ciudades del reino de Jaén. Todo ello está pendiente de un futuro estudio. Tal vez la distancia entre Jaén y Madrid, dónde están depositados los expedientes de órdenes militares en los fondos del Archivo Histórico Nacional, haya sido un freno suficientemente importante para el investigador individual. Por ello hay que destacar la importante labor de universidades, diputaciones, ayuntamientos, centros de investigación y otros organismos, como el Instituto de Estudios Giennenses, que financian proyectos de investigación para salir airoso de estos avatares archivísticos.

Por lógica, nuestro interés se centró en los expedientes de hábito de Santiago conservados en el Archivo Histórico Nacional de Madrid. Como ya hemos señalado, en total hemos trabajado cincuenta y cuatro expedientes —de los cincuenta y cinco existentes— con la siguiente asignación de casos por reinado: diez con Carlos V; doce con Felipe II —dos de ellos tramitados al unísono para dos hermanos—; cinco con Felipe III; veinte con Felipe IV; tres con Carlos II; uno con Felipe V; uno con Fernando VI y, por último, tres con Carlos III. En los fondos

documentales de este Archivo no se conserva, por otra parte, ningún expediente reprobado perteneciente a naturales de la ciudad de Jaén, como en su día señalaron Lambert-Gorges y Postigo¹.

Vemos como casi por obligación hemos prestado mayor espacio de análisis al reinado de Felipe IV, uno de los más jugosos por el número y complejidad de los procesos, aunque lo hemos intentado equilibrar con el estudio del resto de reyes y cronologías. Independientemente de la valoración de estos datos, que en el capítulo pertinente nos hemos encargado de escudriñar, podemos comentar que constituyen un número suficientemente representativo como para poder plantear numerosas y sugerentes hipótesis de trabajo con la pretensión de llegar a conclusiones más o menos cerradas. ¿El caso de Jaén sigue pautas de comportamiento detectadas por la historiografía generalista? ¿Se parece a otros casos estudiados, por ejemplo Toledo, en cuanto a cronología de acontecimientos, valoración de la realidad, etc.? Incluso preguntas tan sencillas como ¿Quiénes eran los pretendientes? ¿Formaron parte de las oligarquías urbanas o bien de una nobleza media titulada? ¿Hubo freno u oposición a sus pretensiones o fueron procesos caracterizados por la sintonía?

Evidentemente el reino de Jaén, integrado en la Corona de Castilla, participó como el resto del territorio peninsular en parecidas coyunturas en las que se vieron inmersos los procesos de concesión de hábitos. Sus alzas y bajas, estudiadas en el segundo capítulo, fueron eco, como no podría ser de otra manera, de los avatares políticos de la Monarquía Hispánica, con sus períodos de guerras, necesidades dinerarias para sufragarlas, fases de avances y retrocesos en los procesos de venta de oficios, de imposiciones, etc. De igual manera, el protocolo para la concesión del hábito, si se nos permite la expresión, participó de igual fórmula que en el resto de expedientes del ámbito castellano.

No por ello hemos desatendido la descripción y análisis del procedimiento para la obtención del hábito, desde aquellos detalles más nimios próximos al funcionamiento interno del proceso, es decir, con la concesión del hábito pasando por el pago de la fianza, entrega de la genealogía familiar, elaboración del formulario de preguntas a los testigos, elección, aceptación y traslado de los informantes, hasta los procesos relacionados con el inicio de los interrogatorios, las peripecias de estos personajes, el protagonismo de los testigos, los resultados finales con la redacción del informe final y su traslado al Consejo de Órdenes para su aprobación,

¹ LAMBERT-GORGES, M. y POSTIGO, E.: «Santiago et la porte fermée: les candidatures malheureuses à l'habit», en VV.AA.: *Les sociétés fermées dans le monde iberique (XVI-XVIII e s.)*. Définitions et problématique. CNRS, París, 1986, pp. 139-168.

reprobación, pruebas adicionales y un sinfín de procedimientos administrativos consustanciales al expediente.

Pero el caso de Jaén también aportó algunas particularidades, o mejor dicho tendencias, que hemos detallado en el segundo capítulo, algunas de ellas relacionadas con el mayor o menor número de expedientes por reinados, la complejidad o sencillez de los mismos, dependiendo de una coyuntura específica, la introducción de elementos como la «patria común» en el siglo XVII, o los «abonos» en el siglo XVIII, etc. Dentro de lo conocido, Jaén presentó algunas peculiaridades y características propias que hemos resaltado en nuestro trabajo.

No obstante, si hemos de destacar algún elemento que específicamente nos haya interesado desentrañar en todo este estudio ha sido —junto al clásico y lógico papel protagonista de los pretendientes y sus familiares, obviamente porque eran los más interesados en el proceso de concesión del hábito—, el lugar ocupado por los informantes y testigos en los expedientes.

Los primeros fueron unos personajes minoritarios cuantitativamente en los procesos —lo normal era el nombramiento de dos informantes por cada expediente—, pero de un protagonismo esencial, es decir, cualitativamente importante en el devenir final de las pruebas. Estos individuos actuaron en numerosas ocasiones como cirujanos por la precisión de su labor y, en otras tantas, sus trabajos se convirtieron en verdaderas acciones detectivescas, no sólo en la consulta de archivos y documentos de variada categoría, sino ejerciendo estas dotes en preguntas con trampa o doble intención, improvisando nuevas preguntas fuera del cuestionario inicial, anotando comentarios al margen de los testimonios, siendo implacables en la localización de testigos, incluso persiguiéndolos fuera de la ciudad para averiguar su verdadera identidad, al mejor estilo doyliano.

Los segundos, los testigos, representaron una ingente masa de personajes, la mayoría desconocidos para el historiador, que protagonizaron no sólo las horas de trabajo de los informantes y, por lo tanto, de cada uno de los expedientes, sino que fueron básicos para la evolución y el resultado final del proceso. Ellos, con sus respuestas facilitaron o no la concesión del hábito, a veces paralizando las diligencias, otras obstaculizándolas y ralentizándolas, y las más siendo testigos de la historia, de las historias que ahora presentamos, sin proponérselo. Son miles de testigos los que inundan los expedientes consultados, y no es un decir, ya que nosotros hemos computado un total de dos mil ciento treinta y seis testigos en los cincuenta y cuatro expedientes revisados, y de cada uno de ellos tenemos, como mínimo, sus datos básicos de identidad

(nombre, apellidos, edad, naturaleza y vecindad, de algunos poseemos referencias sobre la colación donde residían, su profesión, la fecha de su declaración, etc.), pero también, en otros casos, notas marginales con las declaraciones más jugosas, tanto si fueron actos positivos o negativos de la condición del pretendiente o de algunos de sus familiares, elemento fundamental para poder acceder o no al hábito de Santiago, o más bien para ralentizar o dinamizar su tramitación. De aquellos testigos que fueron familiares del Santo Oficio hemos anotado la referencia que Martínez Bara nos brinda en su trabajo sobre las informaciones genealógicas de la Inquisición.

La mayoría de estos personajes eran conscientes de su destacado papel en estos procesos y que sus declaraciones, bien de primera mano o de oídas —escuchadas a padres, abuelos, vecinos, etc.—, eran trasladadas del interrogatorio oral al papel escrito —y con firma de informantes y testigos—, lo que también facilitó el caldo de cultivo del rumor o el silencio como generador de dudas. Pero lo escrito quedaba escrito. Así surge una categoría de testigo que se caracteriza por erigirse en profesional del bulo y la difamación, y que aparece en la documentación con nombres y apellidos. Igualmente, por ello hay una amplia variedad en el comportamiento de los testigos, algunos haciéndose de rogar para testificar, estando ilocalizables por días y días; otros no firmaron sus dichos; aunque la mayoría cumplieron con su función sin mayor pena ni gloria.

Frente a esta realidad, hay que presentar la otra cara de la moneda: los testigos asaetados a preguntas por los informantes, que llegan incluso a solicitar una pausa en los interrogatorios por agotamiento, o bien porque se hacía tarde para comer o para dormir; aquellos que tuvieron que declarar desde sus casas, incluso desde la cama por encontrarse enfermos; los que declararon pero no firmaron por estar ciegos o sufrir alguna enfermedad degenerativa; y aquellos amenazados o presionados por otros testigos, familiares del pretendiente o los propios informantes, con el objetivo de dirigir sus respuestas hacia un fin determinado. Ellos mismos sintiéndose presionados denunciaron algunos de estos hechos con memoriales que han llegado hasta nosotros. Un papel ciertamente desagradable, y más en las pequeñas villas donde todos se conocían bien, y donde resultaba más fácil recibir presiones pero también no olvidarlas. Son, por lo tanto, estos procesos generadores de una cierta violencia en el seno de las villas y ciudades donde se recibían a los informantes. Una pieza más que nutría a una sociedad urbana caracterizada por el conflicto.

Era más que evidente que tanta información, desde la más sencilla y evidente como la emanada de lecturas entre líneas, nos obligase a crear

un espacio específico para tratarla. Así elaboramos un tercer capítulo, dedicado más a la interpretación de los datos que a la descripción, aunque el lector encontrará ambas cosas con la inclusión de textos describiendo escudos, capillas funerarias, etc. El principal resultado de nuestro estudio, bajo nuestro punto de vista, amén de presentar los datos hasta ahora señalados, es aprovechar la información facilitada entre líneas por los expedientes. Y hemos tenido muchas líneas para leer.

Nada es fortuito en el proceso de concesión de un hábito militar. Y nada debe escapar a la atenta mirada del lector: la diligencia o ralentización del proceso, la creación de uno o varios equipos de informantes, cambios y sustituciones de los primeros informantes, el mayor o menor número de testigos, los apéndices documentales que se presentan en el expediente y, lógicamente, el trabajo de los informantes, la declaración de los testigos y el resultado final del mismo.

Todo lo dicho, y algún otro detalle más, lo hemos esbozado en este tercer capítulo dentro de unas líneas principales de interpretación. Hemos considerado que los expedientes no sólo constituían simples documentos administrativos, sino que desentrañan historias de nuestro pasado llenas de acontecimientos, entre los que destacan el poder, el privilegio, la influencia social, pero también manifestaciones como el ascenso social y efectos colaterales como violencia, enfrentamiento generalizado, no ya sólo entre facciones enfrentadas dentro de las oligarquías urbanas o nobleza media titulada, sino entre integrantes de unas mismas familias, en el sentido extenso del concepto, entre «nuevas» familias de poderosos que buscan un hueco dentro del espacio ocupado por las «viejas» familias asentadas desde años en la ciudad y su territorio, etc. Poder, privilegio e influencia ante todo y sobre todo: ante el Rey, ante la Corte y sus protagonistas, que también se manifiesta en los reinos intermedios de Castilla, ante los propios ciudadanos, villanos y lugareños, ante la propia comunidad o colación, ante la propia familia. Resulta difícil saber de todos estos espacios cuáles eran los más apreciados por las elites de poder, seguramente todos ellos a la vez, aunque con diferentes intensidades.

De este modo, anexos a estos fenómenos, aparecen los símbolos del poder y privilegio. Esa imagen cada vez más estudiada y casi estereotipada, donde los modos de vida, las casas palacio, la ostentación, los escudos de armas, las capillas, las cofradías de nobles y, cómo no, la cruz de Santiago, aportan mucho a la instantánea de una sociedad en constante cambio, o por emplear el término de un colega y amigo, «el cambio inmóvil», pero transformación al fin y al cabo. Transformaciones lentas pero evidentes, que van cambiando con el transcurso de los años, décadas e, incluso, siglos, y que en el caso de Jaén, como en otros muchos

de la Corona de Castilla, son fácilmente identificables si se consultan las fuentes adecuadas y se las somete a un estudio de larga duración. Los expedientes de caballeros de órdenes militares no representan las únicas fuentes para el estudio del ascenso social de las elites giennenses, y tal vez tampoco sean las más importantes, pero de ellas hemos extraído mucha información valiosa, incluso si se quiere sistemática, —aunque todavía falte por estudiar todo el universo de ciudades giennenses con hábitos de caballeros (Baeza, Úbeda y un sinfín de villas y lugares del reino de Jaén) y de otras órdenes militares (Calatrava y Alcántara principalmente)—, sobre los comportamientos de estos poderosos y privilegiados a lo largo de la Edad Moderna.

Gracias al estudio de los expedientes constataremos cómo el modelo social era permisivo, no porque los cristianos viejos, la vieja nobleza, se empeñasen en serlo, sino porque el sistema facilitaba tal eventualidad que era por todos aceptada o, al menos, consentida y asumida. Enrique Soria, en su reciente trabajo *La nobleza en la España moderna*, lo ha descrito de la siguiente manera: «Los advenedizos no venían a destruir el edificio de la monarquía española; entraban a millares con el objetivo de apuntalarlo, pues en ello les iba el poder y la gloria»².

En este sentido, es fácil detectar expedientes donde se tacha a determinados familiares del pretendiente de descender de conversos y musulmanes y, salvo retrasos en la concesión del hábito, eso sí a veces hasta años y décadas, no pasaba nada, ya que éste finalmente se concedía. También se señalaban trayectorias manchadas con la ilegitimidad: bastardía, hijos naturales, engendrados fuera del matrimonio, incluso bajo la condición de clérigo del padre; y la sociedad, si se nos permite el término, sin más explicaciones, toleró tal situación, a veces sólo con la dispensa papal, pero en otras ocasiones sin necesidad de ella. Tal vez por lo común del fenómeno no atrajese tanto la atención de los coetáneos como a nosotros, quizás porque pensamos que aquellos hombres y mujeres, en cuanto a ciertos valores morales, eran muy distintos a nosotros.

El segundo bloque de nuestro estudio está constituido por un apéndice documental, en el que hemos optado por recoger aquellos textos, extraídos de los expedientes de la orden de Santiago estudiados, que consideramos resultan más ilustrativos para comprender la complejidad que alcanzaban muchas de las diligencias llevadas a cabo con anterioridad a la aprobación o posible reprobación de una merced otorgada con anterioridad. Hemos optado así, por presentar diverso tipo de material

² SORIA MESA, E.: *La nobleza en la España moderna. Cambio y continuidad*. Marcial Pons, Madrid, 2007, p. 214.

documental: notificaciones de los informantes al Consejo de Órdenes, señalando el estado de las diligencias; memoriales y cartas remitidas por terceras personas, en determinados casos anónimas o bajo pseudónimo, denunciando la existencia de irregularidades en los procesos o la ausencia de calidades del pretendiente para vestir el hábito; documentos de gran valor que se adjuntaron a las pruebas, caso de los interesantes listados de sambenitos existentes en iglesias, situadas en los lugares de origen del aspirante o sus ascendientes; descripciones de escudos, etc. Nuestra intención es, en este caso, ofrecer una muestra de la riqueza del material analizado, especialmente en aquellos expedientes cuya resolución plantea más inconvenientes, y de las posibilidades de estudio que aún ofrece.

Pero ahí no termina todo. Hemos decidido incluir un tercer bloque, sin duda complementario, como ya hemos advertido, a los dos anteriores, pero que en esta ocasión aparece bajo formato electrónico: los expedientes de los pretendientes de Jaén para ser caballeros de la orden de Santiago. Los cincuenta y cuatro expedientes están presentados cronológicamente por reinados desde Carlos V hasta Carlos III y, a su vez, cada reinado muestra sus correspondientes pretendientes por orden alfabético, con el objetivo de que fuesen fácilmente localizados por el lector. Allí hemos volcado toda la información recopilada de los expedientes, cumplimentando un formulario con los datos básicos de la unidad documental, desde la signatura hasta el nombramiento de informantes; del pretendiente y sus familiares; el desarrollo de los interrogatorios a los testigos; y, por último, los documentos adicionales aportados por los informantes.

En un apartado de «notas» hemos intentado describir el procedimiento de cada expediente, siempre que las fuentes documentales, por contenido o conservación, nos lo han permitido. En esta descripción hemos descendido al detalle en algunos expedientes, por ejemplo, cuando se mencionaban los lugares donde se encontraban los fondos documentales consultados por los informantes, o bien su estado de conservación o dispersión, el lugar de interrogatorio de los testigos, dónde vivían los informantes durante el proceso, etc. También estas notas aparecen en numerosos casos de testigos, bien porque sus declaraciones nos han parecido interesantes, o bien para puntualizar algún detalle de sus dichos sobre el pretendiente y su familia.

Siguiendo con los testigos, hemos atendido, por ejemplo, si la declaración aparecía firmada o no, y si no lo estaba si había alguna explicación lógica. De la misma forma, hemos comprobado sus firmas para complementar en varios casos el segundo o tercer apellido que no constaba en los datos iniciales del mismo, tal vez con el objetivo de ocultar su parentesco

con el pretendiente. Con todo ello hemos comprobado cómo la poderosa maquinaria burocrática y administrativa funcionaba en el Antiguo Régimen y generaba una copiosa documentación que había que gestionar, trasladar, copiar, etc. Era la lucha normal dentro del laberinto administrativo típico de la época y que ahora nosotros hemos rescatado de su lugar de emplazamiento y se la ofrecemos a los lectores de forma resumida.

Y, por último, queda el apartado de agradecimientos. Lógicamente agradecemos al Instituto de Estudios Giennenses que financió esta investigación a través de la concesión de un proyecto. No resulta gratuito tampoco agradecer a don Luis Coronas Tejada su apoyo incondicional a este proyecto, valorándolo positivamente desde el primer momento, pero también su magisterio y buen hacer, tanto profesional como personalmente. En el caso del Archivo Histórico Nacional es obligado agradecer al servicio de reprografía su inestimable colaboración, amabilidad y paciencia, tanto para la realización de este trabajo, como por el excelente trato con el que acogen al equipo de investigadores que les llega desde el área de Historia Moderna de la Universidad de Jaén. En especial a Ignacio Panizo, casi convertido en el paladín de los giennenses errantes por el Archivo, que es su casa y la maneja con profesionalidad. Sólo le pedimos que continúe con su labor, dedicación y trato para con nosotros.

Siguiendo con otras instituciones es fácil buscar un espacio para agradecer a los gestores de la edición del libro su compromiso con nuestra investigación. Vaya así nuestro agradecimiento al Servicio de Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y al Instituto de Estudios Giennenses.

Para terminar, queremos agradecer particularmente a dos personas su compromiso de amistad con nosotros durante ya bastantes años. A Francisco Fernández Izquierdo, puesto que aunque nosotros hemos llegado a estos temas de órdenes militares con años de distancia desde sus primeros trabajos sobre la materia, hemos recibido su apoyo incondicional en numerosas ocasiones, desde aspectos puntuales de información hasta su interés por divulgar nuestros resultados. Y a Enrique Soria Mesa, que siempre ha estado en nuestra mente en muchos de los trabajos que hemos realizado, y que aunque en alguna ocasión le hemos dedicado un espacio en nuestros agradecimientos, tal vez no había sido hasta ahora el merecido. Así que desde aquí le agradecemos su compromiso con nosotros, sus consejos y amistad, esperando que a partir de ahora le podamos ofrecer desde Jaén alguna muestra de Historia Moderna como nos ha estado solicitando, desde hace ya años, desde su doble atalaya granadina y cordobesa.